

CRÓNICA

EN UN CEMENTERIO

Para mi amiga Aurelia.

Al dar la vuelta á los cipreses, vió Aurelia, que por otro sendero venía á su encuentro un joven, y exclamó ¡Luis!

Trató de pasar desapercibida junto á él, como una persona que va en busca de la tumba de un amigo.

—¡Aurelia! Usted aquí. Casi no la había conocido. Y aunque sea imprudencia. ¿Dónde marcha usted?...

Todo esto lo había dicho Luis con esa turbación de un hombre que habla con la mujer que ha amado y no la ve hace tiempo.

—Voy... buscaba la tumba de... de Roberto.

—¡Ah! sí, comprendo, sea usted franca...

—Sí, voy á buscar la tumba de Roberto.

Quedaron los dos en un profundo silencio. Él contemplándola á ella con adoración cual nunca lo hizo y ella con la mirada baja y al parecer muy pensativa y emocionada.

Luis rompió aquel silencio, diciendo á Aurelia:

—Si usted me permitiera, yo la acompañaría á buscar la tumba de Roberto.

La soledad del cementerio, aquel suave aroma de las flores, y aquel nombre pronunciado como un ruego, contribuyó á que accediera Aurelia á aceptar su compañía.

Marcharon silenciosos haciendo crujir la arenilla extendida en el suelo.

Luis un poco más atrás observaba aquel cuerpo firme y gracioso de mujer de treinta años, que á cada paso dejaba ver una bota finísima.

Antes de casarse Aurelia, Luis la había querido locamente. Ella quizás habría accedido á una boda con él, en la circunstancia de no tener por rival á Roberto.

Sin embargo, varias veces, en las horas de charla, Aurelia significó que le quería.

Una vez muerto Roberto, al medio año de matrimonio, el camino quedábales expedito para una posible conquista, en que pudiera volver á saborear aquel tranquilo y dichoso amor.

Los dos marchaban en busca de la sepultura de Roberto.

El, la habló gran rato, procurando atraerla al terreno de las intimidades.

Aurelia pensaba que si Luis no hablaba tan bien como Roberto, sin embargo era expresivo y sabía dirigir una conversación por muy difícil que fuera el tema; era simpático, de arrogante figura y de una envidiable posición social.

—¿Está muy lejos la sepultura de Roberto?— preguntó Luis.

—¿Ve usted allá? junto aquel rosal de flores blancas.

Como una distancia de quince metros restaba para llegar á una verja plateada, que era donde estaba enterrado el cadáver de Roberto.

—Con que usted decía, amigo Luis, que yo me encantraba sola... Se equivoca, yo vivo acompañada del recuerdo de Roberto. Hace tiempo que visito el cementerio. ¡Y si viera usted qué bien paso las tardes enteras, rezando junto á su lápida!

—No lo dudo, y creo lo que usted dice, también me parece que esa comunicación espiritual, ha de consolarla; pero yo que no la tengo, vivo en una vida muy árida.

—¿Y por qué no busca usted un cariño, amigo Luis? Usted es joven, tiene porvenir...

—¡Un cariño! quise tanto y no me quisieron...

Más Luis se sorprendió con la pregunta hecha por Aurelia, un tanto extraña y comprendiendo que su contestación dependía de toda una dicha, repuse:

—¡Yo quise siempre!... mi cariño es el mismo... ¿Acaso usted no recuerda? ¿Acaso usted ha olvidado?..

Aurelia guardó silencio y bajó la cabeza. Pero á través de la gasa que cubría su rostro se vieron unas largas pestañas que se agitaban rápidamente. El joven púsose al lado de Aurelia y con más rapidez repetía:

—¿Acaso usted, no se acuerda? ¿Acaso usted, se ha olvidado de todo?...

Y en este momento llegaron los dos al mausoleo de Roberto.

—Quisiera desprenderme del velo porque siento bastante calor, pero ya estamos en la sepultura de Roberto, y eso no está bien...

Estas palabras fueron pronunciadas por Aurelia mientras Luis permanecía silencioso, contemplando aquel conjunto de belleza.

La joven se puso á orar, pero no podía, como otras veces, un mundo de pensamientos la invadía, no pudiendo abstenerse en las oraciones. Momentáneamente se fijó en la inscripción de «Roberto Sánchez, á 6 de Diciembre de 1914». Estas breves palabras hicieronla evocar al muerto y recordar las últimas palabras de él cuando le decía, que después de su muerte no le exigía infidelidad póstuma. Hasta ese momento nunca pensó en eso, y ahora... ahora que no muy lejos estaba de Luis, recordaba con insistencia aquellas frases benévolas, para la mujer que quedaba en el mundo huérfana de cariño.

SANJUSTO.

Ciudad Real.